

Considero, finalmente, que es hora de acercarse desde distintos niveles y disciplinas al conocimiento de las relaciones entre México y Brasil, a lo largo del proceso histórico vivido por los dos países. De ahí la importancia del presente libro que, junto con otros de reciente publicación, pueden fomentar tanto el estudio, la difusión y la promoción de los vínculos no sólo académicos, intelectuales y culturales entre estos países latinoamericanos, sino incluso económicos, tecnológicos, laborales y comerciales.

Irma Portos Pérez  
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES  
ECONÓMICAS UNAM

Juan Pedro Viqueira y Willibald Sonnleitner (coords.), *Democracia en tierras indígenas. Las elecciones en los Altos de Chiapas (1991-1998)*, COLMEX/CIESAS/IFE, México, 2000, pp. 352.

Los niveles de institucionalidad política que ha alcanzado una sociedad tienden a asociarse con la fortaleza de sus partidos; como mediadores entre la ciudadanía y la esfera estatal, a ellos corresponde decantar las aspiraciones de la primera en proyectos y programas de gobierno.

De atenernos a la ley, en Chiapas desde hace tiempo deberían haber cumplido tal función,<sup>1</sup> sin embargo, al revisar la historia de la entidad, se comprueban las dificultades a las que se han

<sup>1</sup> Véase *Código electoral del Estado de Chiapas*, Comisión Electoral del Estado, Tuxtla Gutiérrez, 1991, art. 24-27.

enfrentado para convertirse en verdaderos canales de participación. Las organizaciones partidarias han acudido a las urnas, por lo general, esperando poder aprovechar prácticas y estructuras de poder caciquiles, o bien, sumándose a movimientos que las rebasan.

La carencia de espacios a través de los cuales dirimir conflictos de manera pacífica, resulta por demás preocupante en medio de los desgarramientos profundos y de las relaciones altamente polarizadas existentes. Más la reciente llegada a la gubernatura estatal de un candidato opositor, inaugura el milenio con cierto aliento esperanzador y nos obliga a repensar el papel de los partidos en el horizonte chiapaneco.

En tal sentido, *Democracia en tierras indígenas. Las elecciones en los Altos de Chiapas (1991-1998)* constituye una valiosa aportación. Al conjuntar los intereses académicos con las demandas operativas planteadas desde el Instituto Federal Electoral (IFE), el esfuerzo de Juan Pedro Viqueira y Willibald Sonnleitner, lejos de perder solidez, cristalizó en un fructífero diálogo entre la radiografía que solicitaban las autoridades para garantizar la transparencia e imparcialidad de los comicios en el año 2000 y ciertas interrogantes a propósito de los procesos políticos chiapanecos que se han generado en el campo del conocimiento.

El recorte espacial que enmarca el área de estudio es más limitado de lo que el título del libro podría hacer pensar (el interés se enfoca en el 5o. distrito federal electoral compuesto por Chalchihuitán, Chamula, Chenalhó, Hixtán, Mitontic, Larráinzar, Pantelhó, San Cristóbal de las Casas, Tenejapa y Zina-

cantán), pero sus resultados dan cuenta de tendencias que se extienden a otros puntos de la entidad en los cuales la presencia indígena también es importante.

Atrás de los datos duros y de las reflexiones que se desprenden tanto de las dos secciones que sirven de eje a la exposición como de los anexos que la completan, hay un trabajo de campo que se centra fundamentalmente, por un lado en la coyuntura electoral de 1998, cuando se renovaron presidencias municipales, cabildos y diputaciones locales. Por otro lado, quizá con excepción de "Usos, costumbres y pluralismo en Los Altos de Chiapas" (escrito por Edmundo Henríquez Arellano) que se remota a la década de los treinta, el conjunto de la obra arranca en 1991.

Según explica Juan Pedro Viqueira en la presentación, haber elegido tal fecha no fue casual ni arbitrario, ya que se excluyen las elecciones locales de 1974 en Chamula y de 1982 en Zinacantán, antes de 1991, los comicios de Los Altos eran más bien un ritual de legítima política (como la entronización y consagración de los reyes en la Europa medieval) y, por tanto, su estudio cae más bien en el ámbito de la antropología simbólica; mientras que a partir de ese año, a pesar de las imperfecciones que puedan conocer los procesos electorales y de las irregularidades que las empañen, se trata de justas políticas sobre las cuales la politología, la sociología y la antropología política tienen algo que decir.

Este último supuesto tiene implicaciones que rebasan las necesidades metodológicas de periodización; de entrada se reconoce la viabilidad de utilizar

el modelo democrático basado en la representación ciudadana dentro de comunidades con características distintas a las del mundo occidental. Se trata pues, de una apuesta polémica que busca abrir caminos para reconstruir formas de socialización sustentadas en una mezcla de lógicas caciquiles y/o corporativas, con el uso de la violencia como mecanismo indispensable para reproducir las estructuras de poder.

En lo personal me sumo al deseo de construir alternativas reales de participación política y me quedo con el ideal democrático para ello; sin embargo, de retomárselo como portador de valores universales e inmutables en medio de historias particulares que más de una vez contradicen su esencia, tengo dudas sobre la profundidad de sus alcances. En el centro de la discusión a propósito de las limitaciones de la vida electoral en zonas indígenas de Chiapas, surgen inicialmente dos interrogantes: ¿hasta dónde los conflictos entre intereses diversos, sean individuales o grupales, logran resolverse a través de las urnas?, y en el mismo sentido, ¿hasta dónde los partidos se transforman en entidades capaces de transitar al ámbito de lo público desde la esfera privada?

Aun admitiendo que los partidos tienen hoy mayor presencia, difícilmente podría hablarse de un juego político electoral multipartidista, de un espacio público plural o de una posibilidad efectiva de competir por cargos públicos reflejada en escenarios de alternancia; la perspectiva de tales condiciones mínimas establecidas por Willibald Sonnleitner ("Promesas inacabadas y desencantos de una democratización electoral (1991-1998)") para alcanzar

la democracia electoral están en vías de construcción, me parece un tanto optimista.

Diferenciar parcelas de la realidad capaces de democratizarse por separado se inscribe en la misma postura; dadas las cortapisas existentes para transformar sociabilidades poco equitativas, se buscan nichos de democracia en el ámbito político y conquistas formales, nada despreciables por cierto, que tienden a ser sobrevaloradas. Si he de ser justa con los autores, tendría que aclarar que ninguno de ellos plantea situaciones idílicas; por el contrario, todos insisten en lo incipiente e inacabado del proceso que están reseñando y algunos incluso hacen agudas reflexiones sobre los retos que deben salvarse para consolidar formas institucionales de participación (especialmente rico en este sentido resulta el texto de Juan Pedro Viçqueira dedicado a "Los indígenas y la democracia: virtudes y límites del sistema electoral partidista en Los Altos de Chiapas").

Con todo, el mensaje entre líneas que hilvana el libro, deja puesta en el tapete de las discusiones la idea de que las prácticas tradicionales viven una transición más profunda de lo que a primera vista pudiese parecer. Se da por descontada la existencia de cierta imprevista partidaria que si bien necesita desprenderse de vicios y trabas ancestrales, sirve de punto de arranque para ampliar los márgenes de participación indígena.

Aquí cabe lanzar dos preguntas más: ¿están los partidos en vías de substituir dichas prácticas?, o bien, ¿contribuyen a refuncionalizarlas y facilitan su supervivencia? La historia de la entidad

me lleva a creer lo segundo más que lo primero; no se trata de desechar *a priori* la vía partidaria como alternativa para resolver conflictos, y en esto coincido con la propuesta general del trabajo, pero sí de insistir en que hasta ahora se la ha usado más de forma que de fondo.

Medir el avance político en función de los datos electorales supone admitir que, a pesar de sus imperfecciones, los canales institucionales cumplen un papel mediador que están lejos de desempeñar. Los propios textos que conforman el libro recrean estructuras de poder que se desarrollan en espacios paralelos al mundo de las urnas, de allí que los resultados provenientes de los comicios locales, estatales y federales de las últimas décadas reflejan sólo parcialmente, las complejidades del intercambio político chiapaneco.

El seguimiento diacrónico de los sufragios emitidos en favor del PRI entre 1976 y 1998 muestra, por lo menos, tres grandes tendencias: *a)* el absoluto predominio de este partido, *b)* su descenso relativo en las preferencias electorales, *c)* altos índices de abstencionismo. En las justas presidenciales de 1976, 1982 y 1998, Chiapas contribuyó con 98%, 90% y 87% de su votación interna al triunfo priista, y, en el mismo lapso, los índices de abstencionismo fueron de 32, 18 y 48%.<sup>2</sup>

Por lo que se refiere a las diputaciones federales, la situación es similar, pues

<sup>2</sup> Véase Francisca Alicia Pérez Grovas, *Elecciones locales y elecciones federales: un estudio comparativo (1976-1989)*, tesis para optar al grado de maestra en estudios regionales, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México, 1991.

en 1976, 1979, 1982, 1985 y 1988 se repiten proporciones altas de votos para el partido oficial (96%, 95%, 91%, 88% y 90%) y porcentajes también elevados de abstencionismo (34%, 42%, 37%, 41% y 48%).<sup>3</sup>

En lo que respecta a los comicios locales, las tendencias apuntadas tienen validez si se consideran los promedios: en 1979, 1982, 1985, y 1988, 96%, 88%, 93% y 85% de los votos fueron para el PRI y el abstencionismo se mantuvo en 51%, 52%, 47% y 61%. Sin embargo, los matices regionales en este caso son importantes, pues algunos municipios muestran la relativa pérdida de control por parte del PRI o, incluso, su desplazamiento como forma dominante. Asimismo, las variaciones en términos del abstencionismo oscilan entre 9% y 86%.<sup>4</sup>

En medio de un abanico tan amplio se dificulta marcar líneas generales, sin embargo, entre las cosas que llaman la atención está el descenso que han sufrido municipios cuya votación era 100% para el PRI: en 1979 eran 80, en 1982, eran 64, para 1985 ya eran 56, y en 1988 habían llegado a 45. En ese mismo lapso, 32 municipios arrojaron proporciones cercanas a 100% o 100% mismo. Los que se colocaron entre este nivel y un promedio de 90% fueron 30 y los que estuvieron entre el 80% y 90% sumaron 23. Promedios entre 70% y 80% se dieron en 15 municipios, mientras 9 estuvieron entre 60% y 70%. Los dos casos aislados fueron Francisco León con 25% y Reforma con 52.41%.<sup>5</sup>

<sup>3</sup> *Ibid.*

<sup>4</sup> *Ibid.*

<sup>5</sup> *Ibid.*, pp. 46-47.

Aunque en 1991 el partido oficial mantuvo la ventaja sobre sus adversarios (de los 884 854 ciudadanos que acudieron a votar, lo apoyaron 602 367 en las diputaciones de mayoría relativa, 646 795 en las diputaciones federales y 636 135 en las senadurías),<sup>6</sup> su contribución al triunfo priista en el plano nacional disminuyó. Como bien señala Sonnleitner ("Promesas inacabadas y desencantos de una democratización electoral (1991-1998)", a contracorriente de lo que sucedía en otros puntos del país, se cedió cerca de un cuarto del voto válido a la oposición.

Las desviaciones municipales en la media estatal que se recuperan en el trabajo (en 68 municipios del PRI superó 75% de los sufragios -99% en 12 de ellos-, mientras que en otros 26, la oposición obtuvo más de 33%), no bastan para desechar la hipótesis de que el partido en el poder ha perdido terreno, pero tampoco son suficientes para sostener que el pluripartidismo se ha fortalecido.

Acercar aún más la lupa, como lo hacen Viqueira, Sonnleitner y Henríquez en las contribuciones ya citadas u Homero Waldo Rubín Bamaca en "El abstencionismo en Los Altos de Chiapas: la otra cara de las elecciones" enriquece el análisis y brinda mayores elementos para entender los nudos que se tejen alrededor de la práctica electoral, pero sigue sin demostrar que un PRI disminuido equivale al fortalecimiento de un sistema de partidos.

<sup>6</sup> *Cfr.* Onésimo Hidalgo, "Conyuntura electoral y poselectoral en Chiapas", ponencia presentada en el Seminario *Chiapas en el umbral del siglo XXI*, San Cristóbal de las Casas, Chiapas, 1992, p. 5.

Al irse hasta el nivel micro, *Democracia en tierras indígenas* dibuja escenarios en los que aparece el vacío de poder que se genera cuando ciertos mecanismos de control estatal, incluidos en el partido oficial, pierdan fuerza. Sin embargo, desde una postura menos optimista que la de los autores, mi interpretación de dichos escenarios resalta la poca capacidad de oposición para ocupar a través de ofertas partidarias los espacios que quedan libres; en la medida en que los partidos dejan de lado su esencia institucional, los cambios de filiación y la alternancia electoral constituyen respuestas de corto alcance a las rupturas que viven las elites locales y estatales.

En fin, el universo de las relaciones sociales es siempre más complicado que la capacidad analítica para interpretarlo a partir de referentes que pretenden condensar verdades absolutas; sea que se parta de una incipiente e inacabada democracia electoral que sirve como punta de lanza, o bien que se cuestione la existencia de dicha plataforma y se proponga la necesidad de construirla primero, la crisis por la que atraviesa Chiapas obliga a revisar ambas posturas y a buscar la mejor manera de conjugar modelos de representación política basados en el ejercicio ciudadano del voto, con prácticas cuya raíz puede no remontarse al pasado prehispánico de la vida indígena, pero que en la actualidad se han interiorizado como parte de ella.

*Democracia en tierras indígenas* invita al diálogo entre posturas a primera vista antagónicas; a la honestidad intelectual de sus autores se suma un buen sustento empírico para abrir un debate sobre el cual dista mucho de haberse

escrito la última palabra. Pueden o no compartirse las hipótesis centrales del libro, pero pronunciarse en uno u otro sentido implica leerlo y desmenuzar tanto los textos en los que se buscan aproximaciones más generales al proceso electoral, como los que se dedican a algunos de los actores que participan del mismo ("La nueva clase política de los Altos de Chiapas: perfil sociológico de los candidatos a presidente municipal en el 05 distrito electoral federal" de Homero Waldo Rubín Bamaca; "Granos de otra mazorca: la participación política de la mujer en Los Altos de Chiapas" de María Eugenia Herrera Puentes; "Los mediadores culturales de los procesos electorales: perfil sociológico de los técnicos bilingües del 05 distrito electoral federal" de Willibald Sonnleitner), pasando por los anexos que introducen a las entrañas de la investigación y permiten escuchar las voces de quienes día a día avanzan y/o retroceden en el camino de la democracia.

Concluiría, pues, invitando a las personas interesadas en los procesos políticos que acompañan el transitar de Chiapas al nuevo milenio, a consultar detenidamente las reflexiones y la información que se desprenden del libro coordinado por Juan Pedro Viqueira y Willibald Sonnleitner. Dada la ausencia de espacios y mecanismos que aseguren a los indígenas chiapanecos la posibilidad de recurrir a la vía legal para demandar niveles mínimos de justicia y bienestar, urge ofrecer alternativas que desactiven el enfrentamiento directo como forma de inserción en una sociedad que por los siglos los ha excluido.

Diana Guillén  
INSTITUTO MORA